ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EN EL DÍA DEL LOTO BLANCO

LA SERENA MIRADA

El retrato más popular y conocido de nuestro sabio maestro Mad. Blavatsky, es este pequeño retrato que tenemos en este momento en nuestras manos, para asirnos más firmemente al recuerdo que queremos tributarle en este día.

Es muy imperfecto este retrato; pero tiene por encima de la imperfección con que le ha perjudicado el artista, que no le ha hecho con el debido cariño, con aquella unción que ponía en sus escenas religiosas el famoso pintor que dibujaba de rodillas el rostro de la Virgen; tiene, como digo, á pesar de todo, una cosa que no puede desdibujarse, hacerla mal, evitarla, desfigurarla siquiera quien ponga manos á esa obra. Es la expresión de los ojos, la mirada serena y reposada que está tranquila y segura, aunque no puede precisarse en qué punto imaginario del espacio se detiene.

El rostro, más asiático que europeo, descansa firmemente sobre una mano, la mano de los dones y de las gracias, la misma mano que ha levantado el velo de Isis y que ha prodigado tantos bienes. La boca está plegada, diríase que sirviendo á una meditación muy profunda, voluntaria, querida y deseada libre-

mente; así no se ve el labio inferior prominente y forzado como le adelanta á veces la mano que, por violencia, soporta toda la faz para esas meditaciones, que parecen más bien una penosa escudriñación de lo lejano.

El rostro se apoya muellemente sobre la mano, sin descomponerse un momento, ni alterarse un instante, y todo es suave, tranquilo, sin violencia ni afectación alguna. La figura se adivina colocada tras la mesa ó el bufete de estudio, y parece que ha sido sorprendido el original en uno de esos momentos en que vemos los demás las ideas en el espacio, y en los que el maestro las miraba para copiarlas más fácilmente.

Esta mirada particular, infalsificable siempre, que no puede dibujarse ni aun de intento de otra manera que como es, dándose así como se da y se nos ofrece aún en esta fotografía borrosa ya, y probablemente mala en su origen, nos suministra una profunda enseñanza que debemos revelar en este instante, precisamente en estos momentos, hoy mismo, cuando hace quince años que del mundo palpable para los sentidos ha escapado la carne del maestro.

Este portento, la más piadosa de las mujeres, el más amable y caritativo de los maestros, la más humana y tolerante de las inteligencias que han podido visitarnos, consagró su obra y su vida á la redención de la verdad, y cifró todo su empeño en que se comprendiese el mundo, en que se amase el pasado.

Su obra fué una misión voluntariamente escogida, que ella condensaba con claridad en estas palabras: «Rescatar de la degradación las verdades arcaicas que constituyen la base de todas las religiones.»

¿Qué redención ha podido concebirse más grande y más necesaria? ¿Qué tolerancia ha sido más amplia, más caritativa y más justa con todos los hombres y con todas las inteligencias? El esclusivismo de los directores de razas redimía sólo á un grupo, á una familia que podía ser muy grande, pero que no era toda la familia humana; no tenían, no tuvieron aquellos hombres la debida tolerancia. En cuanto al no fanatismo de los escépticos, lejos de ser una tolerancia para todos los dogmas y para todos los hombres, ha sido en todos los casos una intolerancia mayor y más grande—la del único, la del solo, la del diablo—que si no agota su fuerza en el fanatismo, sí pone toda su habilidad en no molestarse.

Mirar á todas partes, escuchar á todos es ya un acto de accesión y de benevolencia, es tolerar; pero tolerar no es todo. Hay que rescatar, hay que redimir, que cribar las ideas y tamizarlas haciéndolas pasar por el mismo harnero, por el mismo cedazo. Esta obra ha sido hecha precisamente por nuestro amado maestro, por el gran corazón y por la gran mente de esta mujer que nos ha sido enviada. Su relación con nosotros, con todos los hombres, la ha hecho de la manera más perfecta que puede hacerse; mirando, y mirando como debe mirarse, porque sabía y practicaba el gran misterio y el poderoso secreto de la mirada.

Estamos en nuestros ojos. Nuestro valer, nuestra verdad no salen á la cara. Son las ventanas del alma, dice desde hace siglos nuestro vulgo. Por nuestra propia pupila nos ve el Señor, ha dicho el inspirado Silesio. Ver, mirar; eso es todo. En la mirada se funden nuestras dos naturalezas que acepta el mundo de Occidente. A la mirada corresponden, también todos los principios que pueden establecerse en el hombre.

La expresión de una cara es una palabra de un idioma que mira en vez de decir, de un idioma mudo, pero que indica.

Todo nuestro espíritu está en nuestros ojos, y aún sigue revelándose en ellos cuando la hemos perdido, ciegos por los dolores sufridos, ó ciegos porque vinimos sin ellos á la vida. «Me habló como si me mirase», dice uno de *Los Ciegos* de Maeterlinck, y efectivamente no podemos hablar á las gentes sin dirigir hacia ellos nuestros ojos á menos de ser ciegos de nacimiento.

Se ha creído que se educaba á la vista presentándola buenos dibujos, las mejores imágenes, los más bellos colores, y la vista no se educa sino viendo las mejores ideas. «Los ojos que han sufrido son los más bellos», ha dicho en algún sitio Michelet. Lo son, en verdad, porque han visto el dolor, porque han visto también alejarse á la dicha. La mirada se educa haciéndola ver lo invisible. Verá siempre más un estudiante de geometría analítica, por mediano que sea, que un comisionista en colores. Asimismo el que sepa mirar los grandes problemas, el que quiera ver las grandes cosas, verá siempre más que el que ha visto los mejores monumentos y las más bellas ciudades. Basta con verse los pensamientos. ¿Y cómo ver nuestras ideas? Podemos verlas en nuestro propio interior, volviendo para dentro

nuestros ojos, cerrándoles para fuera, y podemos verlos en el espacio mirando atentamente, sin parpadear un instante, como si esperásemos la salida y aparición de una estrella. Así hay que mirar. Hay que mirar con el mayor deseo, con la mejor voluntad, con la más pura intención, sin bañar en llanto nuestros ojos para no ser deformados los objetos. En el llanto hay una especie de miopía que comienza, como hay una ceguera incipiente en la mirada del que sufre un proceso violento. Hay que estar sereno, tener un ánimo tranquilo, para ver lo que debe verse más allá del horizonte visible. La percepción actual de colores que no fueron sospechados anteriormente es, no tanto un hecho fatal de la evolución del sentido, como una conquista alcanzada por la mayor tranquilidad de los hombres.

Con serenidad, con tranquilidad, con reposo yo creo que podremos ver todos los hombres colores más allá del violeta, no sólo más allá de un lado del espectro, sino de los dos lados del mismo. Así es como se ven y pueden verse las formas de los pensamientos.

He ahí la enseñanza que nos queda, que nos quedará para siempre, en este retrato de nuestro maestro, que aunque está mal ejecutado, cumple con las buenas condiciones que ha de tener un retrato: la posa honrada, la más elevada y natural del original vivo.

Hoy hace quince años que desapareció de nosotros, y, sin embargo, de aquí como un instante de los más fugaces de su existencia nos ha quedado para siempre, no para simple asidero de una recordación más segura, sino de una enseñanza definitiva y constante.

EL QUE ESPERA EL BIEN

Este otro retrato, nos ofrece también otra enseñanza. Esa misma enseñanza ampliada, contestada con una segunda experiencia.

Es el de nuestro inolvidable hermano D. Francisco Montoliu.

Nosotros no hemos puesto estos retratos al azar uno al lado del otro. Están así porque así se dieron ante nosotros en un momento del pasado.

Hace catorce años que no está entre nosotros y no nos ha dejado sin amparo alguno. Su vida, que fué acción y que fué en-

señanza, nos la entregó para vitalizarnos con prodigalidad sobrada. Fué un eco y un portavoz de las palabras de la maestra Blavatsky. Entusiasta hasta el heroismo del nobilísimo empeño por «rescatar de la degradación las verdades arcaicas que constituyen la base de todas las religiones»; sus esfuerzos no han caído en el vacío y el silencio, y hoy, gracias á aquellas energías desplegadas, los estudiantes de la Verdad aumentan y se extienden entre nosotros.

Su vida, sus trabajos, sus sinsabores los recordamos continuamente para animarnos en la nuestra.

Para recuerdo de su acción nos queda este retrato, que dará para los que no le trataron, para los que vayan después, una noticia acabada y justa de cómo fué. Era así, como está en esta fotografía, como puede verlo el que sepa mirar estos retratos. Se le adivina sentado. Está con un aire modesto, natural. El cansancio y el rendimiento se adivinan en sus mejillas, y se ve, sin embargo, en su mirada una satisfacción que parece indicar que no está rendido. «He trabajado bastante; pero aún puedo hacer más» parece que nos dice en voz baja, con un tono de reconvención amable.

Pero así como en ese retrato de Mad. Blavatsky vemos al maestro contemplar serenamente lo infinito, en este de Montoliu vemos al hombre que espera, y que espera sin violencia. Espera con tanta tranquilidad como mira Mad. Blavatsky. Están como eran, naturales. No se aderezaron contra su uso para negarse y falsificarse á la posteridad. Se ofrecieron al ojo sin conciencia de la cámara fotográfica, como se ofrecían á la vida, sin quererla engañar. La que miraba tan bien las cosas, siguió mirándolas como siempre; y el que esperaba con verdadera esperanza, quedó esperando sin desasosiego alguno ante aquello que tenía por frente.

Hay un reposo, una gravedad tan suave en este retrato, en esta imagen sedente, que se adivina no una asentada para remediar el cansancio de un largo caminar, sino una espera de lo que ha de llegar y venir sin atropello alguno. Lo que se espera tardará un poco, se adivina desde luego; pero vendrá. Se espera con mucha fé, con una gran seguridad y una resolución muy firme. Como se debe esperar.

En estos dos retratos se nos da, pues, claramente, aunque parezca que por modo encubierto, una misma enseñanza como

en dos partes: Ver y esperar. El ingenio y el gran amor de Ruysbrokio «El Admirable» de unas palabras tan sencillas y al parecer sin significado grande como estas que se hallan en Las Escrituras: «Ved que el esposo viene, salid á recibirle» (Mat. XXV. 6) hizo al fundamento de uno de sus mejores libros, glosándolas para las tres vías del espíritu—purgativa, iluminativa y unitiva—y sacó de ello una grande instrucción. Pues sobre esa misma senda, podemos sacar un aprovechable fruto recogiendo la enseñanza que nos ofrecen esas dos actitudes que nos dan por dos grandes personas un mismo y grande consejo. «Ver, esperar».

Si no quedara alguna vez nada más de estos grandes bienhechores que lo perdurable de esas fugitivas actitudes, aún nos quedaría una gran enseñanza digna de ser recibida y transmitida á todas las gentes. «Ver, esperar». He ahí todo cuanto tenemos que hacer para hacer el bien y conseguir el triunfo de la Verdad. Ver. Ver serenamente poniéndonos en la mirada. Esperar. Esperar con reposo, con la mayor tranquilidad posible, poniéndonos en nosotros mismos. Así es como veremos lo que no hemos visto todavía, y cómo llegará hasta nosotros lo que está por venir y que aguardamos.

Y sobre estas palabras que nos revelan las naturalezas íntimas de dos grandes espíritus, edifiquemos en este instante un pensamiento, un sentimiento colectivo que nos ponga más cerca de esos grandes bienhechores. Esto será como una obligada visita á las almas.

Sea la Paz y la Verdad en ellas.

Rafael URBANO.

Todo á nuestro lado, en el espíritu puro y en la naturaleza pura, parece estar en su asiento, cada cosa parece ajustar con las demás en su género y caminar con seguridad hacia su fin respectivo; sólo el hombre vive como en tierra ajena, alternativamente en el espíritu y en la naturaleza, y alternativamente arrojado de un reino y del otro como extranjero en su casa, como desterrado sin patria ni hogar.—*C. C. F. Krause.*

Acerca de la «verdad», quizá ninguno fué jamás bastante verdadero.—*F. Nietzsche.*

EPÍLOGOS DEL MES

Lo inconmovible eterno. En esta nueva Atlántida que acaba de revivir en una parte donde estuvo aquélla, ha quedado un templo en pie. San Francisco de California volverá á ser, existirá de nuevo más grande, más hermoso y más soberbio que el que acaba de sepultarse entre las cenizas y los escombros. ¿Pero cómo ha de ser? ¿Cómo deberá hacerse? Si se quiere que sea firme, imperecedero y fuerte, es preciso construirlo como acaso fué construída y edificada esa iglesia consagrada á la Virgen de los Dolores por los misioneros españoles de hace dos siglos.

La ciudad ha de hacerse echando en sus cimientos lo inconmovible eterno, la fe, lo que hace perdurable y continuamente vivos á los grandes monumentos que, como obra de los dioses y de los grandes artistas, resisten á las edades y á las palpitaciones del mundo. Hay tanta fe, hay tanto inconmovible eterno en los cimientos de las Pirámides que, á pesar de la constante presencia del peligro, subsisten para admiración de los hombres. Toda esa fe, todo ese inconmovible hay que poner en la construcción de las grandes obras. A ese título perduran únicamente y por él se hacen templos de la gran religión en que comulgan todos los espíritus.

La exaltación del momento no puede edificar más que esos arcos de triunfo que se desmontan al día siguiente para que sigan los tráficos. No se ha hecho así ninguna obra perenne. Los jardines colgantes de Bolonia, las magníficas sillas del *ager romano*, los soberbios palacios de los sultanes se han sepultado bajo tierra por la cólera del suelo ó el enojo de los hombres. Sus cimientos no permitieron una resistencia muy grande al castigo de la una ó de los otros.

Esa iglesia que ha resistido á la más grande de las recientes catástrofes, nos ofrece una enseñanza del mayor aprove-

chamiento. Nos da la primer ley de la construcción y de la edificación de las cosas. Nos dice lo que debemos poner en el área donde ha de edificarse. Se ha de poner fe, piedad, sobre todo firmeza; pero aun antes del todo, el gran todo que nos mueve á edificar y á construir: nuestro propio propósito espiritual, nuestra propia idea divinamente acertada sobre el plano en que ha de descansar el cimiento. Así se hace, así se construye; luego, después, hemos de iluminarnos en la elevación de la obra con las siete lámparas de la arquitectura que señalase en su tiempo el gran Ruskin: Fuerza, Obediencia, Verdad, Recuerdo, Vida, Sacrificio, Belleza. Pero esto no puede darlo más que el constructor perfecto, el arquitecto escogido, un arquitecto como los grandes arquitectos del pasado que fueron desprendidos, no en el empleo de los materiales, sino en el de su propio espíritu, sobre el cual colocaron todos los cimientos.

Arquitecto, constructor, es el mejor título que se ha dado á lo divino para hacerlo comprensible á los hombres. Los grandes maestros han sido constructores, arquitectos. Arquitecto y maestro eran casi la misma palabra. El templo no era sólo el lugar de lo sagrado, sino lo sagrado plástico, la teología hecha piedra, hecha carne, hecha visión, sentido. El templo daba la medida y la medida la justicia; el templo daba la proporción y la proporción la belleza; el templo daba un plano y el plano era el símbolo. Tales eran y seguirán siendo las condiciones de la revelación palpable, de la obra material que merece el título de buena, desde la mole de piedra al dije más pequeño y sin valor aparente.

Hay que hacer así, se ha de hacer asi lo que se toca, no para rendir la mirada y desgastar nuestros dedos, sino para encantar nuestros ojos y santificar nuestras manos. Entonces nacerá la palabra, y la articulación primera será una oración perfecta y dará para cada uno el mejor nombre que ha comprendido de Dios.

Los buenos adivinos.

Después de ver, de palpar, es cuando oímos y cuando hablamos. Sin ver interiormente, sin ver de veras, no hablarían los ciegos. Así también sin ver de cerca, sin tener la presencia material de los objetos podemos hablar de ellos y hasta oirlos, porque los vemos de veras en nosotros mismos. He aquí que lo que parece una adivinación

de las cosas, no ha sido ni es muchas veces un ajuste á nuestro deseo, sino una visión tan fuerte, tan profunda, que por no ser tan débil como las visiones corrientes las borramos y apartamos de nosotros.

Todos los hechos son adivinados por alguien. Existen positivamente adivinos. Pero el verdadero adivino no es el que acierta en la constante afirmación del hecho que acontece luego. Los adivinos más grandes y los más numerosos son los que no quieren adivinar los sucesos, los que se olvidan de su adivinación hecha y rechazan la posibilidad que han concebido.

Después de las dichas, de las grandes venturas y de las grandes catástrofes, aparecen numerosos adivinos como revelaciones de la vanidad en el misterio. De las felicidades hay pocos. La dicha casi nunca se adivina, porque jamás es temida. Se adivina, se profetiza, se vaticina generalmente sobre el mal. El orgullo de haber acertado recluta la falange de los *adivinos conocidos*, y si no hay más que orgullo ó vanidad en el título, el suceso ha sido provocado por la maldad y el mal deseo de esos tristes retrasados.

Hay que adivinar sin éxito, sin querer adivinar. Como han adivinado los buenos adivinos que, advertidores de su época, son profetas desde los nuestros.

¡Qué desgracia, acertar una desdicha! ¿Qué digo? ¿No es acaso la mayor de las infamias? Acertar, acertar en este caso ¿no es obstinarse en que suceda? ¿No es callar una advertencia? La ocultación de la noticia es el gran pacto demoniaco, y el gran pacto que debe celebrar nuestra mente con lo divino, el buen pacto, es transmitir la triste posibilidad de una acción.

ARIMÍ

EL TIEMPO

No hay más tiempo que el presente. El presente, presente; el presente del pasado, el recuerdo, y el presente del futuro, la esperanza.—*San Agustín.*

El mundo es un tropo del espíritu, una imagen simbólica de él mismo.—*Novalis.*

LA GENEALOGÍA ESPIRITUAL

POR ANNIE BESANT

(CONTINUACIÓN)

La sexta de estas grandes jerarquías contiene algo que también podemos comprender; contiene á los nacidos del cuerpo de Brahmâ, que es conocido como el cuerpo de Luz ó del Día. Entre esta hueste de Devas se ve brillar con especial resplandor á un grupo de ellos; son los Pitris de los Devas, los cuales son conocidos con el nombre de Agnishvâttas. Aquellos que son llamados los «séxtuples Dhyânis»; ellos son los que lo dan todo al hombre, excepto el Atmâ y el cuerpo físico, y, por lo tanto, son llamados los dadores de los «cinco principios medios humanos». Ellos dirigen á la Mónada á fin de que le sea factible obtener los átomos permanentes relacionados con estos principios, ó el «quíntuple plasma». Ellos son el fruto de la segunda cadena planetaria. Esta jerarquía incluye además grandes huestes de Devas, los más elevados espíritus de la naturaleza ó elementales del reino medio.

La séptima jerarquía contiene aquellos á quienes conocemos bajo el nombre de Pitris Lunares, ó los Pitris Barhishad, nacidos del cuerpo de Brahmâ, llamado el crepúsculo, el Sandhyâ. Estos Pitris Barhishad están relacionados con la evolución física del hombre, del mismo modo que los Pitris Agnishvâtta lo están con la intelectual; así es que á medida que prosigamos en nuestro estudio trabaremos conocimiento con ambos. Además, aquellos que vemos agruparse á su alrededor y que pertenecen á su jerarquía son sus agentes en la obra que deben llevar á cabo; vastas huestes de Devas, los espíritus inferiores de la naturaleza ó elementales del reino más inferior, los cuales están ocupados en la actual construcción del cuerpo del hombre. Y aquí se hallan también los «espíritus de los átomos», las semi-

llas de la evolución en Kalpas futuros; pero con ellos no tenemos nosotros aquí nada que ver.

Así, las siete grandes jerarquías ú órdenes creadoras se presentan ante nuestra vista en su esplendor prontas para llevar á cabo la misión que les está encomendada, la misión de guiar á sus hermanos más jóvenes á lo largo del sendero de la evolución, y la de dirigir el desarrollo de poderes espirituales en un universo de materia.

Ahora echemos una ojeada al segundo gran bosquejo, el del campo de la evolución. Sobre éste no me extenderé mucho, puesto que sus contornos se harán claros y visibles á medida que estudiemos la evolución física; sin embargo, no podemos hacer comprensible á nuestro espíritu los puntos referentes á la evolucion espiritual, á menos de que tengamos á la vista los amplios contornos del campo en el cual dicha evolución tiene lugar. Lo llamo campo, traduciéndolo del término Kshetra del Bhagavad Gîtâ, porque es el tipo genuino de materia. Esta palabra expresa, mejor que cualquier otro vocablo que yo pueda inventar, todo lo que está incluído bajo el nombre de Materia, en la cual la evolución tiene lugar. Al presente, nosotros estamos limitados al reino de un Logos planetario, al reino al cual pertenecemos, puesto que cada Logos planetario preside sobre un campo de evolución, y esto debemos estudiarlo. Aquí sólo trato de los principios fundamentales. Primero debemos comprender claramente las diversas fases que el campo presenta. Estas fases se presentan una y otra vez, y en cuanto lleguemos á comprenderlas bien serán para nosotros á manera del hilo de Ariana para salir del laberinto. Existen siete grandes etapas de evolución espiritual, durante tres de las cuales el espíritu desciende. A medida que el espíritu desciende, confiere cualidades á la materia; le da ciertos poderes, ciertas cualidades, ciertos atributos, y estas cualidades, poderes y atributos son el fruto de las tres primeras etapas del descenso del espíritu. Luego sigue una etapa, la cuarta, única en su clase, en que la materia, habiendo de esta suerte sido dotada con diversos poderes y atributos, entra en múltiples relaciones con el espíritu animador que ahora la compenetra. Esto constituye la gran batalla del universo, el conflicto entre el espíritu y la materia, la batalla de Kurukshetra entre las grandes huestes de los dos ejércitos enemigos. Aquí, en esta parte del campo, es en donde está el

punto de equilibrio. El espíritu, entrando en innumerables relaciones con la materia, es al principio vencido. Más adelante llega al punto de equilibrio, en el cual ninguno de los dos combatientes lleva la ventaja. Luego el espíritu principia á triunfar lentamente de la materia, de suerte que, cuando esta cuarta etapa ha pasado, el espíritu es el dueño de la materia y está pronto para ascender á través de las tres restantes etapas que completan las siete. En estas tres restantes etapas el espíritu organiza la materia, que ha subyugado y animado, y la hace servir para sus designios, así como le da la forma que necesita para manifestarse, de modo que la materia se convierte en el vehículo por medio del cual todos los poderes del espíritu pueden manifestarse y hacerse activos. Las tres últimas etapas tienen por objeto este ascenso espiritual. Por lo tanto, hay tres etapas descendentes destinadas á dar las cualidades: una de lucha, que constituye las múltiples relaciones, y tres ascendentes, en las cuales la materia es modelada por el espíritu en los vehículos perfectos que le son indispensables para su manifestación.

Para mayor claridad podemos presentar nuestro esquema en forma tabular:

Siete etapas..	Tres descendentes.	Cualidades.	Materialización.
	Una equilibrio.	Relaciones.	Conflicto.
	Tres ascendentes.	Organismos.	Espiritualización.

Esforzaos en conservar fija en vuestra mente esta idea esencial, puesto que se repite constantemente en cada una de las etapas y á todas las rige, sean cuales fueren las circunstancias especiales que puedan caracterizar á cualquiera de ellas. Esta idea os servirá siempre y en todos los casos de norte y guía cuando os halléis perdidos en medio del laberinto de las cadenas, rondas, globos y razas que tan fecundo manantial son de confusiones para el estudiante de Teosofía.

Después de esto, ¿qué es lo que debemos esforzarnos en comprender? Lo que se llama una cadena planetaria. Considerada una cadena planetaria como un todo, constituye los Upâdhis de un Logos planetario, en los cuales su vida encarna. Siete son las etapas que deben recorrerse, y, por lo tanto, siete deben ser las cadenas. Tres cadenas, durante las cuales el espíritu desciende constantemente; una cadena, la cuarta, durante la cual

el espíritu y la materia están entremezclados y entretejidos, teniendo entre sí innumerables relaciones; luego tres cadenas ascendentes, al fin de las cuales todo vuelve al seno del Logos planetario para sumergirse en Ishvara con el fruto recolectado durante la evolución. Una cadena planetaria puede así ser considerada como los cuerpos en los cuales la vida del Logos planetario se reencarna siete veces, principiando cada cadena con el fruto recolectado por su predecesora, y transmitiendo cada cadena á su sucesora los frutos que ha recogido. El período durante el cual una cadena planetaria persiste es llamado un Manvantara planetario, y cada Manvantara es seguido de un Pralaya planetario. Los séres cuyos más elevados principios han sido desarrollados durante el Manvantara, pasan á su conclusión á estado de felicidad supra-consciente, el Nirvâna planetario, al paso que aquellos que no están tan desarrollados se sumergen en un apacible sueño. Estos «nirvânis» no vuelven á nacer hasta que la siguiente sucesiva cadena ha desarrollado upâdhis á propósito para su ulterior evolución, en cuyo momento vuelven á proseguir su ulterior desarrollo y progreso.

Estudiemos ahora una sola cadena planetaria, y veamos cómo está formada y qué son los eslabones que la constituyen. Cada eslabón de la cadena es una ronda ó círculo de vida; una oleada de vida constituye un círculo completo sobre el principio ya enunciado, pasando á través de siete etapas. Durante tres etapas, la oleada de vida desciende á la materia y da nacimiento á formas cada vez más materiales. En la cuarta etapa, la oleada de vida desarrolla formas con las cuales se origina el conflicto. En las tres restantes, la oleada de vida asciende, y las formas á las cuales ha dado nacimiento se hacen cada vez más espirituales. Además, cada ronda de la oleada de vida desarrolla un reino de la naturaleza—los tres elementales, el mineral, el vegetal, el animal y el humano—hasta la más elevada perfección de su tipo peculiar, hallándose los tipos futuros que no pertenecen á esta ronda indudablemente presentes, pero más ó menos embrionarios, comparados con su futuro desarrollo. Así, pues, siete rondas, siete círculos sucesivos de la oleada de vida son los eslabones que componen una cadena planetaria.

Examinemos una sola ronda, un solo círculo de vida, y veremos que ésta tiene también sus propias y peculiares siete etapas; pero esta vez cada etapa es un globo, un mundo. En los

tres primeros son desarrolladas las formas; en el que se halla en medio tiene lugar la lucha entre las formas y los espíritus que las cobijan, y de este modo las formas son animadas; en los tres últimos, los espíritus moldean las formas á voluntad. Para distinguir estos globos unos de otros se han empleado las letras del alfabeto, desde la A hasta la G; los globos que se hallan en el arco descendente, y los que están en el arco ascendente, se corresponden entre sí. En los globos del arco ascendente se desarrolla á la perfección aquello que sólo es un bosquejo embrionario en los globos del arco descendente, en tanto que el globo intermedio es el punto de equilibrio, de conflicto, de vuelta. El globo A es de sutil materia mental, y es arquetipo, esto es, contiene los arquetipos de las formas que deben ser desarrolladas durante la ronda. H. P. B. dice: «La palabra «arquetipo» no debe ser tomada aquí en el sentido que los platónicos le dieron, esto es, el mundo tal como existía *en la mente* de la deidad, sino en el de un mundo formado como un primer modelo que debe ser copiado y perfeccionado por los mundos que le suceden naturalmente» (1). El globo G, que se halla en el arco ascendente, corresponde, por lo que á la clase de materia se refiere, con el globo A, y contiene los arquetipos de este último globo, concluídos en sus detalles y perfeccionados. El globo B es de materia mental más densa, y es creador ó intelectual, es decir, contiene los tipos concretos derivados de los arquetipos, las cualidades determinadas, las formas toscas é imperfectas. El globo F, del arco ascendente, corresponde con el globo B, y contiene estas formas elaboradas y perfeccionadas. El globo C es de materia astral, y es substancial ó formativo, esto es, construye las toscas formas de materia más densa, y su correspondiente globo E las presenta de materia similar, pero primorosamente adaptadas para sus funciones. El globo D es de materia física, y es el punto de vuelta, el campo de batalla entre el espíritu y la materia. Sobre cada globo tiene sucesivamente lugar una etapa en el reino que se desarrolla en la ronda, de modo que cuando la oleada de vida ha completado su círculo en torno de los siete globos, esto es, ha completado una ronda, este reino está completamente desarrollado. Todos los reinos adelantan una etapa en su embrionaria carrera, en conformidad con la ca-

(1) *Doctrina Secreta*, I, 221, nota.

racterística de la ronda en la cual se desarrollan. Así, en la primera ronda, el reino elemental, más elevado, se completa; los dos restantes reinos elementales y el mineral descubren todos sus tipos, y los reinos vegetal, animal y humano son sólo esbozados, mas no todavía principiados, y así sucesivamente. Este punto se tratará más detalladamente cuando nos ocupemos de la evolución física. En los Purânas se da el nombre de Dvîpas á los globos de nuestra cadena, siendo Jambudvîpa nuestra tierra.

Desde el momento en que nos sea dable comprender en donde al presente nos hallamos, nuestro campo de evolución debe ser claramente percibido. Nuestro Logos planetario, llamado Brahmâ, en su para nosotros función creadora, ha conducido ya su reino dentro de la cuarta etapa de su evolución; nos hallamos en la cuarta cadena planetaria. De la primera cadena planetaria, la arquetipo, nada sabemos, excepto que se la llama su Cuerpo de Tinieblas ó de la Noche, y que sus frutos fueron los Asuras. De la segunda cadena planetaria, la creadora, tampoco sabemos nada, salvo que fué su Cuerpo de Luz ó del Día, y produjo los Pitris Agnishvâtta. De la tercera cadena planetaria, la formativa, sabemos algo, puesto que su globo D fué la Luna, fué su Cuerpo del Crepúsculo, desarrolló los Pitris Barhishads y siete clases de Mónadas para su sucesora; á esta cadena la llamamos la Cadena Lunar. La cuarta cadena planetaria, la física, la terrestre, cuyo globo D es nuestra Tierra, es su Cuerpo del amanecer y está evolucionando hombres.

Una vez expuestos los amplios contornos de las jerarquías y del campo, podemos volver al estudio de la cuarta jerarquía, la de las Mónadas humanas, aquéllas que han de convertirse en hombres durante la cadena planetaria terrestre. Esta cadena es la cuarta, la cadena de la lucha, del equilibrio, la cadena en la cual el espíritu y la materia se entremezclan y confunden, de modo que lo más elevado y lo más inferior, los dos polos de la naturaleza se unen y forman un sér complejo, el hombre: el hombre, que es el punto de partida para una evolución más elevada. Por lo demás, estas Mónadas se hallan al presente en el cuarto globo, el globo D, el cual es nuestra Tierra, el globo de lucha y de equilibrio, el globo típico de esta cadena, hallándose colocado con respecto á los demás globos en la misma situación que esta cadena está colocada con respecto á las demás cade-

nas. Las Mónadas se hallan, pues, en el mismo centro de la lucha, en el punto más recio y culminante del combate y de las mayores dificultades; se hallan verdaderamente en el Kurukshetra planetario. Aquí, en el cuarto globo de la cuarta cadena, deben tener lugar los más grandes conflictos entre el espíritu y la materia para concluir al fin con el triunfo del espíritu.

He empleado la palabra Mónada humana. Permítaseme definir lo que se quiere dar á entender en ocultismo por la palabra hombre. El hombre es aquel sér en el universo, en cualquier punto del universo en donde se halle, en quien el más elevado espíritu y la materia más inferior y grosera se han unido por medio de la inteligencia, constituyendo así un dios manifestado que, á través del ilimitado futuro que tiene ante sí, vencerá al fin todos los obstáculos que se le presenten. El hombre no es necesariamente la forma que al presente véis, puesto que puede tener un millón de formas. El hombre significa aquel sér en quien el espíritu y la materia se han dado la mano, en quien ambos se han puesto ó se están poniendo de acuerdo, se están equilibrando, en quien al fin el espíritu ha vencido ó vencerá á la materia.

En los escritos ocultos se emplea la palabra hombre para describir á todos aquellos séres en quienes concurren estas condiciones. Esta palabra no está simplemente limitada á nosotros, que sólo somos una pequeña raza de la gran jerarquía humana. Para demostrar la posición que el hombre ocupa en la evolución, y que esta posición es la intermedia que acabo de describir, H. P. B. ha dicho que cada sér en este universo ha pasado ó debe pasar por el reino humano; si se halla más allá del mismo, debe haber pasado por él; si no lo ha alcanzado, tendrá que pasar por él en lo futuro. Este paso del sér á través del reino humano no está limitado á este globo ni á esta raza. El hombre es el campo de batalla entre la materia y el espíritu, y cada sér debe, como Indhishthira, tener su Kuruskshetra y vencer, antes de que pueda entrar en su reino divino. Tal es el hombre.

La Mónada es el espíritu divino, el polo superior del hombre, nacida del mismo Ishvara, ó más bien nacida dentro de él como un centro en su vida, «una porción de él mismo». Levanta tu cabeza, ¡oh Lanu!; ¿ves tú una ó innumerables luces brillando en el oscuro y estrellado cielo de media noche? «Yo percibo una Llama, ¡oh Gurudeva!; veo innumerables chispas bri-

llando en ella» (1). La llama es Ishvara en su manifestación como el primer LOGOS; las inseparables chispas son las Mónadas humanas y otras. Para manifestarse la voluntad de Ishvara obra sobre estas porciones de sí mismo, inseparables de él, y esta voluntad las dirige hacia el mundo de materia, y así pasan al segundo LOGOS y viven en él los hijos del padre. Del tercer LOGOS reciben el impulso que da á cada una de ellas una «individualidad espiritual», el confuso sentimiento de la separatividad. Así entran en las corrientes en que el tres se divide en siete, tomando cada grupo el color especial del Logos planetario del cual procede, y entonces los siete colores se entremezclan en un maravilloso haz de brillantes luces—la primera gran danza coral celeste, el Râsalilâ solar—hasta que en cada Logos planetario se perciben los siete rayos de color, un séptuple esplendor, dominando en cada uno de ellos su color peculiar, el cual presta su matiz á todos los rayos que con él se hallan entremezclados. De aquí que se diga que «cada hombre nace bajo la influencia de un planeta», puesto que en cada globo de cada cadena planetaria aparecen los siete grupos de Mónadas, presentando cada uno de ellos el peculiar color de su «Estrella Padre».

La Mónada no está todavía pronta para emprender su largo peregrinaje, pues su atención no está dirigida al exterior, y los tres aspectos de su naturaleza, que son las reproducciones de los tres aspectos de Ishvara, dormitan en ella, y no son dirigidos hacia el universo. Pero luego estos aspectos principian á despertarse en ella por medio de las Ordenes creadoras. De la primera jerarquía creadora procede el impulso de vida que despierta la voluntad, el aspecto átmico; de la segunda se deriva el impulso que de una manera parecida despierta la sabiduría, el aspecto búddhico, y de la tercera se origina el impulso que despierta la actividad, el aspecto manásico. Habiendo de esta suerte sido despertada su atención hacia lo externo, la Mónada está pronta para su descenso.

Una vez franqueadas estas etapas preparatorias, la gran hueste de las Mónadas que deben alcanzar la condición humana han alcanzado su punto de residencia, en donde morarán durante edades innumerables. Estas Mónadas son la cuarta jerar-

(1) Catecismo Oculto, citado en la *Doctrina Secreta,* I, 145.

quía creadora, pronta para su larga peregrinación. Cada una de ellas es «un Dhyan Chohan individual distinto de los demás» (1), pero son demasiado sutiles, demasiado elevados en su naturaleza para poder entrar en el quíntuple universo, el universo de la más grosera materia. Sin embargo, deben agenciarse un vehículo, á fin de que sus poderes divinos puedan manifestarse en los mundos que tienen ante sí, por cuyo motivo, y así como las poderosas vibraciones del Sol lanzan materia en las vibraciones que llamamos sus rayos, de la propia suerte hace la Mónada vibrar la atómica materia de los planos átmico, búddhico y manásico que la rodean, del mismo modo que el éter del espacio rodea al Sol, y de este modo se construye un rayo triple, como triple es su naturaleza. La Mónada es ayudada en esta tarea por la quinta y sexta jerarquías creadoras, las cuales han pasado antes por experiencias similares. La quinta jerarquía dirige la oleada vibratoria desde el aspecto voluntad hacia el átomo átmico, y el átomo átmico, vibrando como el aspecto voluntad, es llamado Atmâ. La sexta jerarquía dirige la oleada vibratoria desde el aspecto sabiduría hacia el átomo búddhico, y el átomo búddhico, vibrando como el aspecto sabiduría, es llamado Buddhi. Además, la sexta jerarquía dirige también la oleada vibratoria del aspecto actividad hacia el átomo manásico, y el átomo manásico, vibrando como el aspecto actividad, es llamado Manas. Así, Atmâ-Buddhi-Manas, la Mónada en el mundo de la manifestación, el rayo de la verdadera Mónada, se forma más allá del quíntuple universo.

Concluirá.

LA CIENCIA DE MAÑANA

Y EL MISTICISMO MEDIOEVAL

Hay en estos últimos años, me parece, como el desarrollo de una tendencia en el pensamiento científico, que tiende, no ya á admitir la existencia de las más puras y sutiles formas de la materia y de las fuerzas, que por lo demás tiene en cuenta, sino á declarar la insuficiencia de las hipótesis puramente materia-

(1) *Doctrina Secreta*, I, 285.

listas para llegar á una satisfactoria solución de los problemas que á ellas se refieren.

En una sola dirección ha conservado, con contadas honrosas excepciones, una actitud intolerante é irrisoria en aquella sola, en la que mañana podrá buscar la respuesta á lo mucho en que ahora vacila. Me refiero á los fenómenos producidos en la materia y el espacio por fuerzas completamente fuera, subversivas, de todas las leyes formuladas hasta ahora sobre la materia en el plano físico—las octavas y vibraciones perceptibles en armonía con esas fuerzas que trascienden sobre el sentido normal de las percepciones.

Ahora bien; la actitud de la ciencia está lejos de ser como fué. En su última teoría sobre la evolución inorgánica de los átomos—el radio, los rayos Röntgen, los rayos Becquerel y los rayos N—se ha encontrado frente á frente á sus propias limitaciones. Y cada nuevo redescubrimiento no hace más que evidenciar su propia incapacidad en cuanto afronta los problemas más vitales.

¿Cuál es la íntima naturaleza de la materia?

¿Cuál es el origen y la fuente de la vida?

¿Cómo y cuándo esa chispa anima al protoplasma?

La ciencia nos asegura que la base de todos los fenómenos físicos es una fuerza ó un gas, un medio luminoso, invisible é impalpable como el átomo hipotético de los metafísicos, una cosa artificial, pero objetiva; desde un punto de vista, un fluído, y desde otro, como un sólido elástico—provisionalmente el éter—, pero que á pesar de tan misteriosas propiedades para ella, está en la obscuridad más completa. Y tardía, pero seguramente, se ha desposeído, abandonándolas, de sus viejas trincheras materialistas, tomando una posición que hacia unos pocos fué la primera en tomar á broma. «La tendencia actual de la ciencia física—dice el profesor Preston—es considerar todos los fenómenos de la naturaleza, y hasta la misma materia, como manifestaciones de la energía acumulada en el éter.» «Toda masa—añade el profesor J. Thomson—, es masa de éter; todo momento, momento de éter; toda energía cinética, energía de éter.»

La densidad del éter, declara el profesor Osborne Reynolds, es 10.000 veces mayor que la del agua. Es la única realidad substancial del universo, siendo materia y ausencia de masa y una mera ola sobre el éter, como dice el profesor Larmor, de

Cambridge, «es la única realidad concreta y la sola materia comparativamente intangible y sin substancia».

Se duda mucho, además, si la materia y la electricidad son distintas, ó sólo fases distintas de esta simple y primera materia: el éter.

¡Bien! Pues yo creo que los antiguos alquimistas sabían más, mucho más, infinitamente más, sobre el éter y sus propiedades, que todos los modernos hombres de ciencia. Dejémoslos, pues, buscar y vacilar tras su agente universal radiante, en lo que precisamente han comenzado de un modo nebuloso á reconocer una fuerza, ó un vehículo de fuerzas negativas y positivamente eléctricas, de ningún modo distantes, pero inseparables de la materia, y veamos si el antiguo abad Trithemo, el más grande alquimista de su época (escribió entre 1484 y 1516, un año después del nacimiento de Santa Teresa), no puede decirnos mucho más sobre la materia que lo que nos han dicho ellos. Yo ruego se recuerde que los científicos modernos han definido el éter como un gas, dándole también una densidad 10.000 veces mayor que la del agua, un sólido, un fluído, pero sin forma, invisible é impalpable. Sentado esto, júzguese ahora:

«Cada cosa es en su interior fuego y luz, donde la esencia del espíritu está oculta. Cada cosa es una trinidad de fuego, luz y aire. Ese fuego reside en el corazón é irradia por entre el cuerpo del hombre, dándole vida.

»Esta luz espiritual, que podemos llamar naturaleza ó alma del mundo, es un cuerpo espiritual que puede hacerse tangible y visible; pero como existe en estado invisible se le denomina espíritu.

»Es un fluído vital y universal que, difundido por todos los ámbitos de la naturaleza, penetra en todos los séres. Es la más sutil de todas las substancias, la más potente á consecuencia de sus cualidades inherentes; penetra en todos los cuerpos y forma las formas en las que manifiesta su actividad. Por su acción, liberta las formas de todas las imperfecciones, fijándose dentro de ellas; hace puro lo impuro, perfecto lo imperfecto, é inmortal lo que es perecedero.

»Es la sal de la tierra, sin cuya presencia no pueden crecer la hierba ni verdear las praderas; esta esencia, además, se concentra, condensa y coagula en las formas en su mayor estabilidad. Esta substancia es la más útil de todas las cosas, incorrup-

tible é inmutable en su esencia, llena la infinitud del espacio. El sol y los planetas son sólo una condensación de este principio universal; de su corazón vibrante irradia la plenitud de su vida y la transmite á las formas de los mundos inferiores y de todos los séres.»

¡Sí! verdaderamente, la ciencia puede seguir horrorizándose de las conclusiones á que la fuerzan sus últimos redescubrimientos, pues ya si ella sabe, como lo cree (ella *no* y abad Trithemo *sí)*, que tiene en sus manos la llave para abrir los más profundos arcanos y procesos de la naturaleza, si los conoce, debe romper la densa valla de su concepción física y ver el engaño en frente. La cuarta dimensión, más aún, todas las dimensiones llamadas por ella irrisorias, entorpecerán y torcerán en sus desmañadas manos la llave y no podrá volverla, y así, pues, es tan buena como inútil.

Melendieff puede hablar de su gas atenuado é inactivo, y Duncan especular sobre la evolución inorgánica del átomo; la puerta quedará eterna y herméticamente cerrada á todo progreso ulterior; sólo prosiguiendo la impetuosa revolución del pensamiento, las impetuosas crestas de sus olas la echarán abajo, abriéndola para el deseado puerto del conocimiento absoluto. ¿Vendrá esa oleada? ¿Está cerca de nosotros? El pensamiento se mueve en círculos, y esos círculos van tan lejos como nuestro deseo.

¿Habremos llegado ya al extremo descendente del arco del materialismo, de la inducción y del experimento?

¿Habremos buscado inútilmente, para no hallarlos, á los universales en lo particular? ¿Estaremos malos por estudiar la composición de los ladrillos con que se ha construído la casa, ó acaso por contemplarla sencillamente? ¿Fatigados por contemplar las líneas y los granos del asfalto á través del mágico espejo, haciendo conjeturas hipotéticas como las que ellos hacen? Vedle engañar en nuestra mano. Una inclinación del espejo proporcionará otro punto de vista. Pues con torcerlo un poco, contemplando una vez más su pulimentada superficie, ¿la verdad oculta no saldrá de sus abismos?

Durante mucho tiempo hemos estado divorciados de la sublime y elevada síntesis, de la que formamos parte integrante como una nube de los cielos. Mucho tiempo nos hemos agitado y rebullido sin norte alguno. Acudimos á las percepciones de

los sentidos y éstas nos engañaron. Hemos negado, ridiculizado y rehusado la posibilidad de otro plano que en el que vive y respira y se mueve y existe nuestro sér, aunque tales planos nos fuercen por todas partes á reconocerlos, sin que podamos dar un paso sin movernos por sus calles y almacenes invisibles, ya que estamos cercados por un torrente de vida tan vivísimo y ardiente como nosotros mismos. No hay un espacio vacío. Ni una pulgada del espacio se encuentra deshabitada. Existen séres etéreos, para los que la solidez de nuestro cuerpo no es un obstáculo, y si nuestra pupila percibiese hasta las octavas de su visibilidad, podríamos verlos, como si nuestros oídos percibiesen más allá de las octavas podríamos también oirlos.

Nosotros, finitos, hemos osado poner medidas y límites al sin limitado círculo, cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia en ninguna; nosotros, chispas tan sólo, nos hemos arrogado las prerogativas del sol central, el manantial y desconocido punto del que rápidamente irradia toda la creación.

¿De dónde vendrá nuestra salvación? Si la inducción, el experimento, todos los procesos físicos sobre estas líneas para este fin perseguidos por la ciencia dejan á la formidable puerta que encierre sus últimos secretos, los únicos de valor conocido, de vida, fuerza, energía, materia, electricidad, magnetismo, palabras diferentes, pero todas en el fondo son una misma é idéntica cosa. ¿Hacia dónde volvernos? Si la solución final no engaña en física, ¿dónde engaña? Replicaré en una cosa sólo, en la conjunción de la ciencia física con la metafísica trascendental. Mañana, la ciencia de hoy podrá verse arrollada por el empuje del pensamiento y de la evolución para llegar al arco reascendente. Diariamente está compelida á inclinarse más y más, de acuerdo con cada nuevo redescubrimiento, á armonizarse con la ley sintética por la que lo particular puede resolverse sólo por los universales. Sus investigaciones ya han tomado tierra firmemente en la evolución inorgánica del átomo, una verdad de la mayor importancia. Está igualmente en persecución de ese misterioso que denominamos éter, una cosa para ella tan artificial como la fosforescencia que surge de un pantano; una cosa que ella borrosamente discierne como siendo el vehículo de la vida (luz, electricidad, magnetismo, palabras diferentes que expresan una misma y única cosa), y de todos

los séres, materiales ó de materia, tan sutil y virtual sobre el plano físico inmaterial.

De pasada, paréceme muy justo dar mi propia opinión sobre la materia. Es tan buena como cualquier otra teoría, y puede aceptarse ó rechazarse, según convenga. La vida es vibración; la más rápida de las vibraciones, la más sostenida en las octavas y la más sutil y más inmaterial en la materia; la materia más densa es la de menos vibración; pero no hay materia alguna, ya sea una roca pelásgica, ya el más pequeño grano de polvo, que esté desprovisto de vibración.

De intento he usado la palabra redescubrimiento hasta ahora, porque la ciencia va sólo hasta el presente sobre la huella, vacilando y á tientas, de una fuerza, de una energía y de un poder—una forma indiferenciada de la misma materia cósmica—, recordando la evolución inorgánica del átomo; tal conocimiento es tan antiguo como el propio entendimiento humano. Porque esas misteriosas propiedades, la dualidad de su naturaleza, activa y pasiva, positiva y negativa, masculina y femenina, y hasta la dualidad de causa y efecto, fueron y han sido puestas en uso ya en las pasadas edades del mundo histórico por los sacerdotes de la fe antigua, si no por todos los hombres de ciencia y los filósofos, como el abad Trithemo, que las adoptó en su despertar.

Pero si por el eficaz conocimiento de esos polos magnéticos pudieron comprobar ese gran poder, ese misterioso agente con que abrían la puerta de lo invisible y penetraban en sus obscuros retiros, ¿cómo concentrar, disipar, proyectar y subordinarle á su voluntad?

Ellos ocultaban la diversidad de sus propiedades, sus intercambios, sus intangibles y sutiles poderes y las leyes que los rigen bajo símbolos y mitos antropomórficos, infinitamente más reales que las frías fórmulas y la horrible jerga pseudoclásica de los físicos modernos, sin afectar al hecho conocido, que es absoluto y substancial con lo relativo y accesorio artificial.

Y ese conocimiento trascendental de las invisibles fuerzas de la naturaleza fué el que facilitaron los antiguos sabios y sacerdotes á su tiempo, deponiendo y comprobándolo principalmente sobre el plano físico, guiados por las leyes impuestas en un plano más importante que dirige sus finales y fenomenales apariencias.

A su alrededor, todas las antiguas cosmogonías y todas las teogonías se agruparon, y se congregaron todos los misterios, se practicasen, ya en el adyta (el sagrado) de los templos de Egipto, ó de Eleusis, ya en los ritos órficos de Baco.

Los dioses antropomórficos, ocultos á la multitud bajo la ambigüedad del mito y del símbolo, revelaban al adepto las milagrosas propiedades del universal akas, el akasa del sabio Oriente. Así nació á la vida en Osiris, en Egipto, en Mitra, en Persia, en el Zeus de los griegos, el Pater Omnipotens Aether Júpiter, en la gnosis ó luz astral de los neoplatónicos—inmortal, luminoso y fulgurante—, en el alma del mundo de Platón. Así resplandece en el místico saber de los gimnosofistas y en Egipto, en los números y en las medidas de Pitágoras. Inspira, en fin, las páginas de Platón, de Proclo y de Jámblico y del texto oculto de la Cábala. La más alta y noble expresión del pensamiento filosófico se edifica sobre él. Pero bajo todos esos múltiples y heterogéneos disfraces es siempre, invariablemente uno y el mismo. Verdad que es clara sólo para el iniciado y que engaña al estudiante perspicaz que sin el apoyo ese—el principal—la base más esencial de toda la doctrina antigua le agita en dificultades sin cuento, dejándole plepejo en la interreptación de los más simples significados, como en el caso de Jowett con Platón.

Gabriela CUNNINGHAME GRAHAM.

Continuará.

LA GRAN PIRÁMIDE

(CONTINUACIÓN)

III.—SITUACIÓN

Hemos expuesto en líneas generales lo que se nos ha enseñado respecto de la antigüedad de Egipto, sus habitantes y las pirámides. Pasaremos ahora, ante todo, á considerar más detalladamente la gran pirámide como monumento. A la generalidad le es familiar la literatura de la gran pirámide, que siempre ha llamado más la atención que las demás pirámides, ya porque muestre tantos caracteres que no son comunes á las otras, ya porque esos mismos caracteres no pueden concordarse con los datos conocidos de la historia de Egipto. Uno de los

más celebrados escritores sobre este particular, el profesor Piazzi Smith, ha llegado así á considerar á la Gran Pirámide, en su obra *Our Inheritance in the Great Piramid,* como un monumento antiegipcio. Sobre este particular volveremos más extensamente cuando hablemos del arquitecto.

La pirámide hállase situada sobre el terraplén de Gizeh, un plano montañoso y gigantesco, desierto, á cien pies sobre el valle del Nilo, cerca del Cairo y en un lugar no muy distante de la antigua Memphis. No ha de creerse, sin embargo, que se encuentren en tal parte tres pirámides únicamente, pues sobre toda la superficie de tan gran plano se observan cerca de setenta pirámides, de las cuales, muchas de ellas, son nada más que gigantescas ruinas. En la época teosófica-histórica se halló primeramente la Gran Pirámide y más tarde las otras dos, que están situadas más inmediatamente. Los tres monumentos se conocen perfectamente distinguidos como las pirámides de Khoefoc (Cheops), Kephren (Cefren) y Menkaura (Micerino). De las restantes, podemos creer que son copias de las tres anteriores y que pertenecen á la época histórica de los egiptólogos. Por lo que se refiere á la situación geográfica de la Gran Pirámide y al tiempo de su erección, es claro que no podemos utilizar datos científicos, y que sólo podemos formarnos una idea de su situación cuando seguimos la deformación de la superficie terrestre, tal como se describe en *The Story of Atlantis.*

La época de su erección no estaba, con todo, muy lejana. Egipto era, por así decirlo, el centro del mundo habitado. Su distancia podemos averiguarla en presencia de la construcción de las grandes vías, á través de las cuales viajaban los adeptos, del Asia central á la Atlántida Meridional, y de la Lemuria á la Atlántida Septentrional. Esos caminos pueden adivinarse aún en los restos de las pirámides de México y de la India y en las otras que se observan entre estos puntos.

Sobre este particular, la siguiente cita es de la mayor importancia: «El Gran Dragón no tiene veneración sino por las serpientes de la sabiduría, serpientes cuyas cuevas están ahora bajo las piedras triangulares». Así como estas otras palabras: «Las pirámides en los cuatro ángulos del mundo». Estas frases dicen con toda claridad lo que se menciona más de una vez en otros lugares de los *Comentarios,* á saber: que los adeptos de la tercera, de la cuarta y de la quinta raza moraban en residencias subterráneas, ordinariamente bajo un edificio piramidal, ó más propiamente, bajo una verdadera pirámide. Las pirámides existían en «los cuatro ángulos del mundo», y jamás existieron de un modo exclusivo en el país de los Faraones, si bien se sospechaba que existieron exclusivamente en Egipto hasta que fueron descubiertas las de ambas Américas. Aunque no se encuentran en los países europeos pirámides propiamente geométricas, obsérvanse, sin embargo, algunos monumentos, presumiblemente neolíticos, como los

gigantescos *menhires*, de formas triangulares, piramidales y cónicas de Morbihan y de Bretaña en general, como muchas de las *terpen* dinamarquesas, y las mismas «sepulturas de gigantes» de la Cerdeña, con sus incomparables *nuraghi*, que no son sino groseras imitaciones de las pirámides. La mayor parte de semejantes monumentos son obras de los primeros colonizadores del continente recién nacido y de las islas de Europa, «algunas de cuyas razas eran amarillas, otras moradas y negras y algunas otras coloradas», que quedaron después de la sumersión de los últimos continentes é islas Atlántidas, hace unos 850.000 años—á excepción de la isla de Platón—, y antes del arribo de las grandes razas arias, mientras otros de esos monumentos son obra de los antiguos emigrantes del Este (1). De esta cita, y de la ya mencionada respecto de la gran pirámide, reconocemos que la Gran Pirámide era, por así decirlo, el centro donde convergían las grandes vías de los adeptos, y este dato respecto á su situación es, á mi entender, mucho más importante que la mención de que estuviese situada á tantos grados de latitud y á tantos otros de longitud á que se limitan la mayor parte de los autores que se ocupan en tal sujeto. Piazzi Smith, en su obra *Our Inheritance in the Great Pyramid,* hace una excepción á este respecto, investigando, con la mayor extensión, el por qué la Gran Pirámide está justamente construída donde lo está y no en otra parte. Y aunque hayamos de volver más adelante, con mayor amplitud sobre su teoría para el mejor entendimiento de la misma, examinaremos ahora con alguna brevedad su punto de vista. Piazzi Smith sostiene, pues, que la Gran Pirámide es un monumento exigido por un rey hebreo, inspirado por Dios como una base de las medidas, dándonos así, en general, semejante monumento tres claves de conocimiento:

a) La clave de la matemática en su corporización del número π *(pi)*.

b) La clave de la matemática aplicada á las medidas astronómicas.

c) La clave de la historia de la humanidad, tal como nos la enseña la revelación divina en el Viejo y el Nuevo Testamento.

El citado autor encuentra así en Isaías, XX-20, un texto que dice: «Será por señal y testimonio al Señor de los ejércitos en tierra de Egipto», y más adelante: «en medio del país de Egipto y sobre los límites de él», que indican la situación de ese monumento y fuerzan á probar que la Gran Pirámide satisface esas exigencias. El autor lo hace de una manera que responde perfectamente á su intención; pero eso no es de trascendencia para nosotros por muchas consideraciones. Pues no hemos de perder de vista que Piazzi Smith habla de una época de algunos miles de años antes de J. C., mientras nosotros, según la enseñanza teosófica, hemos de pensar en algunos millones de

(1) *Doctrina Secreta*, II, pág. 367, edición inglesa.

años más atrás. En este caso no podemos decir, desde un punto de vista teosófico, mucho más respecto de la situación que lo indicado anteriormente, pues nos faltan datos para ello, y sólo podemos deducir, de lo que se nos ha enseñado respecto de la corteza terrestre en estos tiempos, que el mar bañaba la base de la llanura donde estaba la Gran Pirámide. Que ésta sea bastante respecto de su situación, una vez que hay diferentes teorías sobre los símbolos del citado monumento, para volver sobre este punto, se comprende, dada la relación que existe entre la orientación y los símbolos astronómicos y semejantes teorías.

Ahora, por lo pronto, aspiramos á dar algunas noticias acerca del constructor del monumento.

IV.—EL CONSTRUCTOR

Ya nos hemos ocupado en líneas generales de quiénes eran los constructores, anotando una cita de la *Doctrina Secreta* referente á la antigüedad del monumento. Ahora bien; ni el «científico», ni el indagador libérrimo estarán conformes con nosotros sobre este particular; la mayor parte de ellos indican, en efecto, que el rey Khoefoc (Cheops) es el conocido en la historia de las dinastías humanas como el constructor. Debió ser un soberano muy duro, que cerrara los templos y prohibiera á los egipcios sacrificar á los dioses, haciéndoles, en cambio, trabajar denodadamente en la obra que había de extender su gloria, y en la que había de recibir sepultura después de su muerte (1). Pero Mad. Blavatsky dice en la *Doctrina Secreta* que «lo que nos cuenta Herodoto puede ponerse en duda, pues él sabía más y mejor sobre el caso, pero estaba ligado por su cultura, por su fe y por su voto», y puesto que aparentemente sabía muy bien lo que era la Gran Pirámide y para qué servía, no quería darlo á conocer á los profanos.

Las pruebas que pueden alegarse para indicar que Khoefoc (Cheops) fué el verdadero constructor son muy pobres, y descansan principalmente en el descubrimiento de un ladrillo del monumento donde se halla su nombre. Así, pues, no podemos, sobre tal *hecho científico,* decir que Khoefoc (Cheops) fuera el constructor.

De fuentes ocultas se nos ha comunicado que Khoefoc (Cheops) restauró algunas partes de la Gran Pirámide que estaban destrozadas, y que cerró algunos cuartos que antes fueron accesibles por razones que nos son desconocidas (2). Que el monumento no fué su tumba es casi cierto. A lo menos no se ha encontrado en ella su momia, y el profesor Greaves nos dice que Diodoro, en su tratado sobre Egipto, hace mención de una particularidad digna de reparo respecto á Khoefoc

(1) Herodoto, CXXIV.

(2) *The Pyramid and Stonehenge*, págs. 16-17.

(Cheops). Nos dice que, aunque concibió la pirámide como mausoleo para él, nunca fué sepultado en ella, porque desistió temiendo que su momia fuera despezada y aniquilada por el pueblo que le odiaba. Así dió orden á sus amigos de que le sepultasen en un lugar escondido. Piazzi Smith cree que ese sitio se encuentra á unos mil pies hacia el Sudeste de la Gran Pirámide, porque la tumba encontrada allí está conforme con la descripción del referido sitio oculto.

Aunque nada se sepa con exactitud acerca de la construcción de la Gran Pirámide por Khoefoc (Cheops), á este rey se le considera generalmente como el constructor de tal monumento, y por eso se da su nombre á la Gran Pirámide. Fuera de éste se citan otros muchos constructores probables en los cuentos fantásticos que se remedan sobre la causa de la construcción del monumento. Con todo, cuando vemos á la luz de la teosofía esos cuentos, observamos que hay en ellos alguna verdad escondida. En general, no podemos hallar mucha verdad en los relatos griegos, que nos hablan con abusiva exactitud del constructor. Hay, sin embargo, algunos cuentos interesantes de autores árabes. John Greaves, uno de los investigadores más notables y de los grandes autores que han tratado sobre la Gran Pirámide, nos da uno de esos cuentos, traducido directamente por él.

«El autor del libro llamado *Morat Aliemam,* escribe que hay varias opiniones acerca del que construyó la pirámide. Unos le llaman José, otros Nimrod, algunos dicen que fué la reina Dalukah, y algunos otros que los egipcios la construyeron antes del diluvio, porque tenían el presentimiento de que debía acaecer y llevaron allá sus tesoros, pero fué en vano.» En otra parte nos dice que, según los coptos, las dos grandes pirámides y la pequeña son tumbas. El rey Sauvid está sepultado en la pirámide oriental; su hermano Hongib en la occidental, y en la pintada, Farfarinum, el hijo de este último. Los sabeos dicen que una de ellas es la tumba de Shab (Seth); la segunda la de Sab, el hijo de Hermes, y que por eso se llaman ellos sabeos. Iban en peregrinación hacia ellas y sacrificaban un gallo y un ternero, quemando también incienso (1). Otro historiador árabe, Ibu Abu Alkoxim, da también el nombre de Sauvid al constructor, y dice que fueron construídas antes del diluvio.

En estos cuentos, sin embargo, no hallamos nada de lo que afirma la enseñanza teosófica respecto del constructor; únicamente, entre paréntesis, se afirma en ellos que fueron construídas antes del diluvio, antes de la inundación que anegó á la Atlántida en las aguas.

Josefo, el historiador judaico, dice que los israelitas debieron trabajar probablemente durante su cautividad en la erección de las pirámides. Y es probable que trabajaran en algunas de las pirámides pos-

(1) Bonwick. *Pyramid Facts ands Fancies*, pág. 71.

teriores, aunque Yeates (1) dice que nunca fueron á Gizeh, pero hicieron sus pirámides de piedra en otras partes. J. Gabb, en su obra *The origin of measures,* dice que las pirámides «fueron el producto de la generación inmediata de Seth», y que «la generación inmediata de Seth era de figura superior á la nuestra». Esta es la única indicación no teosófica respecto de los obreros ocupados en la construcción, á los que se les atribuye una talla más elevada. A pesar de todo, no hallamos aún nada acerca del constructor que pueda probar nuestros datos teosóficos.

Vengamos ahora sobre la serie de teorías relativas al constructor, que bien lo merecen. John Taylor, el célebre autor de *The Great Piramid Who built it and Why was it built?* dice: «Debemos atribuir á Noé la idea original, dados sus predominantes pensamientos y la nobleza de sus designios. El que construyó el arca era, de todos los hombres, el más capaz para dirigir la erección de la Gran Pirámide» (2). A mi entender es evidente que el arca y la Gran Pirámide son el mismo y único edificio, cuando examinamos los cuentos mitológicos acerca de la construcción de ambos monumentos. Pero antes de penetrar más profundamente en la opinión de John Taylor he de citar otro nombre que se da por los autores que se inclinan á esta teoría, á saber: que la pirámide es una manifestación divina. Mas es menester divagar un momento antes de llegar á esos nombres. Así, pues, hemos de volver primeramente al informe de Herodoto. Evidentemente no es Mad. Blavatsky la única que dice que Herodoto sabía más de lo que escribió y de lo que dijo, pues Bonwick también dice: «Herodoto, el padre de la historia, algunas veces parece saber más de lo que estimó prudente narrar en lenguaje sencillo, y disimula una significación esotérica bajo sus palabras» (3). Herodoto dice así: «No hay egipcio que quiera hacer saber sus nombres (los de los constructores), pero siempre atribuyen sus pirámides á un tal Philitis, un pastor que hizo sestear á su rebaño en aquellos lugares» (4). Luego se cuenta que aquel hombre dejaba el Egipto con un cortejo de 240.000 personas, é iba á Judea, donde fundó en seguida á Jerusalen. Según dichos autores, ese Philitis no debía de ser otro que el Melchizedec bíblico.

Personalmente yo creo que esa emigración de Egipto, con innumerables familias, no es otra cosa que la historia de los esfuerzos de Manu para la formación de la nueva quinta raza, y esta opinión la doy con toda reserva. Será importante, sin embargo, antes de investigar si el constructor mencionado está identificado con Noé y con aquel

(1) *A disertation on the Antiquity, origin and Design of the Principal Pyramids of Egypt*, pág. 16.

(2) Obra citada, pág. 228.

(3) *Pyramids, Facts and Fancies,* pág. 75.

(4) RAWLINSON. *Herodutus*, II, pág. 207.

que los datos teosóficos nos ofrecen como el constructor decir algo más acerca del rey pastor Philitis. Desde luego, desde el punto de vista teosófico, examinando esa historia, se ve una importante confusión de épocas, pues Melchizedec nunca pudo haber vivido en tiempo de Khoefoc (Cheops), y nunca podremos llegar á un acuerdo de hechos ó de personas cuando queramos aplicar la cronología bíblica usada por los autores últimamente mencionados. No tendremos tampoco en cuenta ahora la fecha en que residió Melchizedec en Egipto, y nos limitaremos á la afirmación que ellos hacen indicando á Melchizedec y á Noé como presuntos autores de las pirámides, elegidos para el caso por la Suma Sabiduría.

Se dice de Melchizedec que «no tenía padre, ni madre, ni descendencia, no teniendo fin ni conocimiento de la vida, como hecho á imagen del hijo de Dios». Considerado esto desde un punto de vista oculto, podemos leer que debió ser en todo caso un altísimo iniciado, pero probablemente fué una personificación del segundo Logos, como veremos después. Todo esto se nos hace más claro cuando vemos, como vimos antes, por ejemplo, que Piazzi Smith acepta á Melchizedec por el constructor de la pirámide. Tracey menciona á Cristo como el constructor. Esto no nos maravillará hasta un extremo imposible cuando consideremos—y el autor lo hace—que con todos esos nombres se indicaban siempre á las personas de ese nombre, y no en un principio á la entidad oculta ó á las entidades que representaban. No debemos maravillarnos, pues, cuando además está probado, según los valores numéricos cabalísticos la igualdad: Melchizedek = Melchizadik = Padre Sadic = Cristo (1), y está en íntima relación con hechos ocultos de grande y fundado valor, como tendremos ocasión de ver oportunamente cuando tratemos del simbolismo de la pirámide. Semejantes hechos están en relación con el gran papel que juegan los valores numéricos respecto del cielo sidéreo de iniciación en la Gran Pirámide.

No quiero sostener de ningún modo que fuese la intención de los citados autores esa, y que aceptaran á Melchisedec como el presunto constructor para llegar á la conclusión que vino luego, y á la que no pudieron llegar sino con esas personas y hechos históricos. Nosotros, como teósofos, sabemos que todas esas personas históricas y bíblicas representaban también magnitudes cósmicas; así, que sometemos esas historias y sucesos á una segunda lectura.

Hemos visto que antes ha sido llamado Melchisedek = Cristo el constructor, y que John Taylor nos indica á Noé como al presunto constructor. Mad. Blavatsky nos enseña que Noé = Melchisedek, pa-

(1) J. Kalston Shinner. *The Source of Measures*. Apénd. II. § 89, páginas 208-211.

dre de Zadik. Así, pues, aunque no queramos pensar en personalidades históricas, ya hemos preparado, en cierto modo, el camino para la concordancia acerca del constructor, dejándonos probar que Noé (Melchisedek = Cristo) es el mismo que los Ocho Grandes Dioses (1), y mi propósito consistirá en probar que todas las probabilidades publicadas respecto del constructor, difíciles de concordar y de ser explicadas, lo son de un modo claro por luz que ha derramado sobre nosotros Mad. Blavatsky, que sobre este respecto dice:

«Pero añadiremos unas cuantas palabras más acerca de Noé, el representante judío de casi todos los dioses paganos en uno ó en otro carácter. Los cantos de Homero contienen en una forma poética todas las fábulas acerca de los Patriarcas, los cuales son todos símbolos y signos numéricos, cósmicos y siderales. El intento de separar las dos genealogías de Seth y de Caín, y el deseo igualmente fútil de presentarlos como hombres *históricos reales*, sólo ha conducido á que se hagan investigaciones más serias en el pasado y á descubrimientos que han perjudicado para siempre á la famosa *revelación*. Por ejemplo, al establecerse la identidad de Noé con Melchisedek, se ha probado también la identidad Melchisedek ó Padre Zadik con Cronos-Saturno.

»Que esto es verdad puede demostrarse fácilmente; ningún escritor cristiano lo niega. Bryant (2) está de acuerdo con todos los que profesan la opinión de que Sydic ó Zadik era el patriarca Noé y también Melchizedek, y que el nombre Sadic que se le da, corresponde, con el carácter que se le atribuye, en el *Génesis* (VI, 9)» (3).

Y más adelante:

«Ahora bien; Sanchoniaton fué quien informó al mundo de que los Kabiri eran los hijos de Sydic ó Zedek (Melchi-zedek). A la verdad, como esta noticia llegó á nosotros por medio de la *Preparatio Evangelica*, de Eusebio, puede considerarse sospechosa, pues es más que probable que tratara las obras de Sanchoniaton como trató las tablas sincrónicas de Manethon. Pero supongamos que la identificación de Sydic, Cronos ó Saturno con Noé y Melchizedek está basada en una de las hipótesis piadosas de Eusebio; aceptémosla como tal juntamente con la cualidad característica de *hombre justo* de Noé y de su supuesto duplicado el misterioso Melchizedek, «rey de Salem y sacerdote del dios más elevado», según «su propia orden», y finalmente, habiendo visto lo que todos eran espiritual, astronómica, psíquica y cósmicamente, veamos ahora lo que fueron rabínica y kabalísticamente considerados.

»Al hablar de Adam, de Caín, de Marte, etc., como *personificacio-*

(1) Véase Theosophia, Mayo 1904, pág. 42. (Revista holandesa.)
(2) *Analysis of Ancient Mythology*, II, 760.
(3) *Doctrina Secreta*, II, pág. 358, edición española.

nes, vemos que el autor de *Source of Measures* expresa nuestras mismas enseñanzas en sus investigaciones kabalísticas: Así dice:

> Ahora bien; Marte era el señor del *nacimiento* y de la *muerte*, de la *generación* y de la *destrucción*, del *arado*, de la *construcción*, de la *escultura* ó labrado de las piedras, de la *arquitectura*..., en resumen, de todo lo que se comprende bajo la denominación de ARTES. Era el *principio primordial* que se descomponía en la modificación en *dos opuestos para la producción*. Astronómicamente, también poseía el lugar del nacimiento del día y del año, el *lugar de su aumento de fuerza*, Aries, é igualmente el sitio de su muerte, Escorpio. Tenía la casa de Venus y la de Escorpio. El, como *nacimiento*, era el *bien;* como *muerte* era el *mal*. Como *bien* era *luz;* como *mal* era *noche*. Como *bien* era el *hombre;* como *mal* era la *mujer*. Poseía los puntos cardinales, y como *Caín* ó *Vulcano*, ó *Pater Sadic*, ó *Melchisedek*, era el señor de la *eclíptica* ó *balanza* ó *línea de ajuste*, y, por lo tanto, era el *Justo*. Los antiguos sostenían que había siete planetas ó grandes dioses que salían de ocho, y Pater Sadic, *El Justo ó Bueno*, era el señor del octavo, que era *Mater Terra* (1).»

Ahora le será asequible al lector el ver que cuando los constructores se consideran cósmicamente, se piensan como uno mismo, según los diferentes relatos. Skinner nos dice en su obra ya citada que su símbolo estaba en la forma ilimitada de la pirámide con su cúspide y sus ángulos en la base donde vemos la imagen del constructor en su propia obra.

En breve procuraremos exponer cómo esa imagen se expresa en esos majestuosos monumentos cuando comprendemos su simbolismo. Pero antes trataremos de la construcción de la misma Gran Pirámide y después de la descripción de su interior.

H. J. van GINKEL.

(Continuará.)

Versión española del holandés, por **R. Lensselink.**

Notas, Recortes y Noticias.

Los fenómenos volcánicos. Algunos sabios, como apuntábamos anteriormente, no han tenido reparo en atribuir las recientes sacudidas del Vesubio á la influencia de las manchas solares. Esta teoría, sin embargo, no goza del prestigio oficial de las Academias, aunque algunas erupciones, como la triste-

(1) Idem, N. 159, edición española, y *The source of Measures*, pág. 186.

mente célebre de la Martinica, hayan coincidido precisamente con el número de las manchas solares.

La explicación científica que actualmente está más en boga es la siguiente:

«Cuando la evaporación del agua se verifica bajo la acción de una temperatura poco elevada, la densidad del vapor desprendido es poco más ó menos que la del agua misma, esto es, bastante débil; pero cuando se verifica en las condiciones que de ordinario concurren en los volcanes, entonces el vapor acuoso adquiere una tensión enorme, colosal; y esta fuerza de explosión, de la que no podríamos formar idea aproximada ni ante las más terribles explosiones de las calderas de vapor si la triste experiencia no se encargase de hacérnosla palpable, es la que produce esos fenómenos volcánicos que todos contemplamos aterrados.

Ahora bien; el agua que penetra en las entrañas del volcán—en el Vesubio, dada su proximidad al mar, fácilmente se concibe—se evapora á una temperatura que pasa seguramente de 500 grados y en muchas ocasiones se aproxima á 1.000, según la temperatura de la lava, pues el vapor acuoso así formado adquiere esa poderosa fuerza expansiva que, al encontrar resistencia, produce sacudidas violentas, resquebraja el terreno, abre bocas enormes y lanza al exterior torrentes de lava, columnas de fuego y cenizas incandescentes que de otra suerte permanecerían ocultas en las vísceras de la tierra.»

Tal es, según Flammarión, la mejor y más científica explicación de los fenómenos vesubianos. Así al menos lo asegura *Il Momento,* periódico italiano del que traducimos las líneas que anteceden.

Un fenómeno extraño. En un periódico de Castilla encontramos el siguiente relato:

«Habitaba en Cobas (Ferrol) Serafín Agrás, hijo de labradores, de veintiséis años, y se dedicaba, como sus padres, al cultivo de tierras.

Hace unos días, ocupándose en cavar patatas, advirtió que una mosca le había picado en la mano derecha, produciéndole gran escozor.

El muchacho no hizo caso de lo ocurrido y siguió impertérrito su labor, refrescando de vez en cuando con la boca la parte de la mano en que sentía marca ó picor.

A las doce, al retirarse á su casa, notó que tenía la mano hinchada, llamando la atención respecto á ésto de su joven esposa, la cual quitó importancia á la picadura. Se le aplicaron

algunos remedios y en los primeros momentos cesaron un poco los dolores; pero Agrás advirtió que el brazo se le hinchaba de un modo considerable, y esto le comenzó á alarmar. Alarmada la esposa de Agrás en vista de la hinchazón creciente que se notaba en el enfermo, de los agudos dolores que padecía, de la pérdida del apetito y del insomnio, resolvió, de acuerdo con su marido, consultar á un facultativo.

Desgraciadamente ya era tarde, pues el pobre hombre tenía la sangre infeccionada por consecuencia del virus venenoso que debió depositar la mosca en la mano al picarla. Todos los recursos de la ciencia resultaron infructuosos para librarle de la muerte. Agrás falleció tres días después presa de horribles dolores.

Otro pariente del finado, según se dice, murió hace cosa de seis años á causa también de la picadura de una mosca.

Parece que el insecto que produjo la muerte de Agrás cogiera el virus venenoso en el cuerpo de un perro que hacía varios días estaba muerto.»

Este hecho no es ciertamente frecuente, pero no tiene nada de extraordinario, aunque se le pueda calificar de extraño. Michelet en *El insecto* refiere que un bibliotecario francés murió á consecuencia de la picadura de una mosca que encontró el pobre hombre entre los legajos que por obligación tenía que remover continuamente.

En este caso histórico, como en el que hemos transcrito, lo raro del fenómeno está en que un hecho natural, aunque no normal, obra y se desenvuelve como obran y se desenvuelven los elementales en la vida. Son casos que pueden utilizarse como ejemplos é ilustraciones para la explicación de esas fuerzas.

El empleo del cobre. En uno de los últimos números de la *Theosophical Review* se dan algunas interesantes noticias acerca del empleo y uso de las vasijas de cobre, consideradas siempre como una vieja superstición.

Se han usado vasijas de cobre durante muchísimos años en la India para beber y para el servicio divino. A este empleo del cobre se le ha llamado una «superstición»; pero ya conocemos el valor de esta palabra, la que generalmente representa algún conocimiento que se ha perdido ó que aún no ha sido descubierto.

Hace más de un año que se demostró por experimentos que el cobre era un gran purificador del agua, y recientes ensayos han confirmado esto. El cobre es, hasta cierto punto, soluble en el agua y causa la muerte de las bacterias.

Las autoridades de la Salubridad pública de Massachusetts (Norte América) han hallado que se pueden purificar ocho millones de partes de agua con agregarle una parte de una sal de cobre.

Una poesía inédita de Edgard Poe.

En la magnífica *Revista Moderna de Méjico* el distinguido literato José Juan Tablada ofrece la siguiente poesía de Edgard Poe, vertida como sigue al castellano. La poesía en cuestión, que por su factura no puede sospecharse como un timo, hace años que fué destinada á la publicidad. Véase cómo:

Al sabio director de la publicación inglesa *Fortnightly Review,* Alf Russel Wallace, le fué enviada hace años por un hermano suyo, que entonces exploraba el Far West americano, una poesía, firmada con las iniciales E. A. P., á la que acompañaba esta anotación:

«Líneas que en vez de dinero dejó un caminante en un albergue del camino en pago del hospedaje de una noche.» Insertamos en seguida la poesía, recientemente publicada por la citada revista inglesa, y una traducción, hecha sólo en obsequio de los lectores ajenos al idioma original y violentando un algo el profundo respeto que nos inspira el poeta divino «qui donna un sens plus pur aux mots de la tribu».

LEONÁINIE

Los ángeles la llamaron Leonáinie. Con la luz pura
De los astros la formaron en sonrisa de blancura;
Con la noche en los cabellos y un albo claro de luna
En las radiantes pupilas. Y á mí la trajeron una
Noche solemne de estío, cuando en mi sér el hastío
Floreció para acogerla como rosa en primavera;
Y esa dicha que ahuyentara el pesar que me oprimiera,
Falaz me arrojó en los brazos de mi destino sombrío;
Y del Angel la voz suave aún escucho que murmura:
«Si aquí en la tierra los cantos á las almas son un daño;
Si en este suelo se esconde en toda frase un engaño,
Debe, pues, partir Leonáinie, ahora que su amor fulgura.»
¡Mañana única y suprema! Dios en lo alto sonreía,
Su gloria adornó á la tierra llena de amoroso empeño...
¡Y oraban todas las almas menos ¡ay! el alma mía
Cuando de mí se alejaba Leonáinie como un ensueño!

Se ha dicho, sin embargo, que se trata de una diablura; pero convéngase en que si así fuera, lo que no parece, está muy bien disimulada.

Hacia la piedad por el arte. Según todos los indicios las futuras corridas de toros, ese espectáculo que nos denigra ante el mundo, serán en lo sucesivo si no menos crueles por lo menos no tan sangrientas como actualmente se ofrecen. Por iniciativa del conocido escritor D. Mariano de Cávia, en la corrida regia que se celebrará en Madrid con motivo de la boda del Rey Don Alfonso XIII, los caballos, según acuerdo de la Empresa, llevarán unas gualdrapas para que el público no vea la sangre y los colgajos que á consecuencia de las acometidas del toro muestran las pobres víctimas á las gentes.

He ahí una buena obra y una piadosa ocurrencia, porque si por ahí se empieza no tardaremos en ver tan deplorable fiesta, si no más culta y tolerable, sí en vías de transformarse en algo más noble y humano.

Algo es algo, y no es mal camino para dirigirse al bien el seguir los impulsos del arte y del buen gusto.

R.

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

Paul Tourniel. A los setenta y siete años de edad ha fallecido este antiguo miembro de la sección francesa de la Sociedad Teosófica, uno de los trabajadores más constantes é inteligentes de la misma, y uno de los hombres más modestos de la nación vecina.

La pérdida que han experimentado nuestros hermanos con esta desaparición es seguramente irreparable. Sírvales la parte que tomamos nosotros en su sentimiento, de una prueba más firme de la valía de aquel hermano á quien como ellos dedicamos un bueno y respetuoso recuerdo.

América. En San Pedro de México se ha constituído un Círculo de Estudios Psíquicos y Teosóficos en primer grado, que lleva por nombre «fraternidad» y por tema «Hacia la Verdad».

El presidente de la citada asociación es nuestro amigo don Manuel Verga Ayala, director propietario de la revista *La Cruz Astral*.

*** El 3 de Enero pasado fué fundada en Santiago de Cuba una rama de la Sociedad Teosófica de la Sección Cubana, que ha recibido el nombre de «Estrella de luz». La presidencia ha recaído en la Sra. D.ª Juana Estrada y la secretaría en la señora D.ª Isabel Martínez Avila.

*** Según parece el movimiento teosófico encuentra alguna dificultad en el Sud de América—especialmente en Chile y Perú—para tomar el verdadero incremento, y es totalmente imposible pensar en que se pueda formar tan pronto como se había pensado una sección. La vasta extensión del continente es uno de los principales obstáculos para la creación de ramas debidamente relacionadas.

El gran obstáculo con todo no es ese, pues desde luego la primer rama había de estar aislada, hasta que apareciera la segunda. El gran obstáculo se debe á la influencia clerical que ha sabido conquistar las voluntades de las clases más elevadas de sus países, y que ha sabido también comunicarlas su proverbial intolerancia.

Hay, sin embargo, algunas ramas en la Plata, por ejemplo, que se mantienen en una actividad constante, y la revista reciente *Verdad*, que dirige Lob-Nor, hace grandes y plausibles esfuerzos por la conquista de la libertad del pensamiento. Nosotros confiamos en que los esfuerzos de nuestros hermanos no serán estériles, y les enviamos desde aquí nuestros mejores y más firmes pensamientos para que prosigan en tan magnífica obra.

Europa. El 3 de Febrero del presente año ha sido creada en Helsingbor (Suecia) una nueva rama de la Sociedad Teosófica, bajo el título de «Logia de Helsingborg» y con la presidencia de August A. Sodergren.

Oceanía. La última rama creada en Australia lo ha sido en Bendigo (Victoria), donde la Sociedad Teosófica cuenta con un buen número de estudiantes.

El mundo oculto. Tal es el título de una nueva revista decenal de ciencia psíquica que ha empezado á publicarse en Buenos Aires (9 de Julio) y que ha tenido la amabilidad de visitar nuestra redacción.

Nuestro número próximo. Así como el presente número sale con fecha del 7 del corriente, para no retrasar para el próximo la atención que consagramos á la celebración del Loto Blanco, aniversario de la muerte de H. P. Blavatsky, retrasaremos hasta una fecha prudente el número de Junio para dar la debida cuenta del próximo Congreso de la federación europea de la Sociedad Teosófica que, como saben nuestros lectores, se celebrará en París en los primeros días del próximo mes venidero.

BIBLIOGRAFÍA

J. Granés.—*La Ley natural.* Biblioteca Orientalista.—Tapinería, 24. Barcelona, 1906. R. Maynadé, 1 vol. 1 peseta.

La mayor parte de los artículos que constituyen este volumen, han aparecido en nuestra revista, gracias á la benevolencia siempre reconocida de su autor, y constituyen uno de los estudios más serios que sobre la gran ley del Karma se han publicado de un tiempo á esta parte.

Este juicio, que puede parecer un elogio desmedido é interesado, por hacerlo nosotros, es sencillamente el mismo que ha merecido esta obra cuando apareció en nuestras páginas subscritas con el pseudónimo *Vanderson*, y el juicio que ha merecido en algunas revistas extranjeras.

Es una exposición tan popular y tan clara, que cautiva y se comprende en seguida y hacen recomendable desde luego este libro para cuantos estén ayunos de toda enseñanza teosófica.

Yo recuerdo haber leído obras muy excelentes, escritas en la misma forma que nuestro amigo el Sr. Granés ha escrito la suya: los diálogos de Platón, los *Fragmentos Filosóficos* de Renán, *El origen divino de las casas* de Schelling, y he observado francamente en ellos que sus autores, careciendo de esa facultad de desdoblarse que caracteriza al buen autor dramático, hacen decir á los demás interlocutores lo que quiere que diga el principal de

esos parlamentos. Los argumentos que oponen los que no comulgan con el autor, son los que él ha rebatido de antemano. Esta insinceridad verdaderamente peligrosa é inevitable para la mayor parte de los pensadores y de los hombres, la ha salvado nuestro amigo y maestro, ofreciendo desde luego en el que ha de convencerse al final de su diálogo, un hombre de buena voluntad y libre de todo prejuicio, retratando en él á los lectores á quienes principalmente se dirige este opúsculo. La nobleza y justeza en este proceder artístico pedagógico nos parece muy recomendable, tanto que á ello de un modo principal se debe lo sugestivo de esta obra.

Por otra parte, merece también nuestro mayor elogio la obra del señor Granés, y es, porque ha sido una de las pocas obras teosóficas originales que han salido de las prensas españolas. Este elogio nos corresponde también á nosotros, es cierto, porque con él expresamos nuestro vivo deseo por la extensión de la enseñanza teosófica. No nos agrada y alegra tanto esta obra porque se halla publicado entre nosotros, como por el significado y el valor que semejante publicación acusa. Testifica que fructifica la obra y que es posible poner en circulación estas enseñanzas. No dudamos así que tras este manual que era verdaderamente una necesidad sentida, el autor acometerá otros trabajos para lo que demuestra poseer sobradas fuerzas.

Rafael Urbano.

Prentice Mulford.—*Nuestras fuerzas mentales.*—1 vol. 10 pesetas. Carbonell y Esteva, editores.—Rambla de Cataluña, 118.—Barcelona.

El propósito que ha guiado á estos incansables editores al publicar esta obra, está claramente consignado en el prospecto que hemos recibido de la misma.

Con la publicación de esta obra cree la casa editora haber satisfecho la vivísima aspiración de gran número de personas pensadoras de España y de la América latina, que deseaban conocer y estudiar á fondo la obra trascendentalísima de Prentice Mulford, de la cual no se tenían aquí más que breves é incompletas noticias. El deseo de ser útiles á todo el mundo y de extender cuanto posible sea los profundos conocimientos que la obra de Mulford contiene, nos ha impulsado á emprender la tarea, por cierto nada fácil, de su publicación, procurando que en todos conceptos la obra resultase digna del empeño.

Los temas que se desarrollan en esta obra son por demás interesantes, como pueden juzgar nuestros lectores fijándose únicamente en la enunciación de ellos mismos—de la formación del espíritu—como vivimos durante el sueño—la ley del matrimonio—como está Dios con nosotros—y otras que fuera prolijo enumerar.

La traducción hecha directamente de la última edición inglesa, por D. Ramón Pomés, está cuidada, y la presentación material del libro nada deja que desear al más exigente bibliófilo.

U. G.

Ruben Darío.—*Opiniones*.—1 vol. 3,50 pesetas.—Madrid. Fernando Fé.

Hay dos capítulos en este libro del gran poeta nicaragüense: *Un cisma en Francia* y el consagrado á *Rémij de Gourmont*, que merecen toda nuestra atención de un modo preferente, y que no vacilamos en recomendar á nuestros lectores que no hayan saboreado las crónicas que para *La Nación* de Buenos Aires ha escrito el distinguido escritor.

El que se refiere á *Rémij de Gourmont* es una admirable semblanza del gran maestro de la Fráncia contemporánea, y han de agradecernos esta indicación cuantos lo lean y conozcan las obras del celebrado autor del *Latio místico*.

F. B.



Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.